

netrables de la Providencia estuviera reservado á los benedictinos y bernardos el volver á encender en el mundo el faro de la ciencia y de la virtud, para disipar las tinieblas del bárbaro materialismo que á intervalos nos invade, no serán ya estos venerandos muros, estas gigantescas ojivas, estas elegantes aunque maltratadas arquerías los que vuelvan á proporcionarles abrigo seguro, soledad tranquila, templo augusto, escuelas de sublimes doctrinas, y talleres donde florezcan las artes y las industrias. Esta grande y hermosa ruina no admite restauración: es ya patrimonio declarado de la naturaleza agreste é inexorable que con su desordenada maleza y sus pabellones y tapices de hiedra recobró sus fueros contra la humana cultura. Es un inválido lleno de cicatrices y de gloria á quien hay que mantener y conservar en su actual estado, por decoro de la civilización cuya causa sostuvo, y para fecunda enseñanza del arte de la Edad-media, desconocido ó calumniado (1).

Con dolor me separo de tu recinto, noble y mutilado vetera-

(1) Falta en el *camelorum onus* de nuestras disposiciones administrativas una ley que ampare estos monumentos que no son susceptibles de restauración, y que deben conservarse á toda costa para el estudio del arte y de su historia. El Estado carece de recursos para restituirles la integridad perdida, porque son muchos, y muy escaso por otra parte el presupuesto que la nación vota para la conservación y restauración de los que pueden ser destinados á objetos útiles. En tal situación, no porque falte dinero para reparar aquellas venerandas ruinas, es lícito abandonarlas á la acción destructora del tiempo y al vandalismo de las generaciones ignorantes. Un bello monumento que no se puede reparar para emplearlo en un servicio público, se debe sin embargo conservar, como se conserva la vida de un inválido inutilizado en el servicio de la patria. Á poca costa se puede lograr que las ruinas se mantengan en su actual estado, removiendo las causas que en ellas obran de continuo para acabar de destruirlas; y será digna de llamarse civilizada una nación que por medio de una ley destine una pequeña parte de su presupuesto á la conservación de esos inválidos del arte monumental, como tales inválidos. El gobierno que á excitación de un ilustrado ministro de Fomento decreta que el ex-monasterio de Iranzu, el antiguo cementerio de San Pedro la Rúa de Estella, el ex-monasterio de la Oliva y cien monumentos más, de Navarra y de otras provincias, que se hallan en el mismo lastimoso estado, se conserven como venerandas ruinas, y se los aisle como tales, se los rodee, á unos con su cerca, á otros con su elegante y sencilla verja, y se les ponga al cuidado de guardas especiales, con su uniforme y su caseta, que los defiendan de brutales mutilaciones, ese Gobierno recibirá el aplauso de los hombres cultos de Europa y del mundo entero.

no de un ejército derrotado y disuelto: al salir á la planicie donde se levanta la adusta mole de tu torreón de ingreso, tomo la calzada que comienza en la preciosa cruz de piedra enhiesta sobre la esbelta columna corintia, centinela avanzado del monasterio en los pasados tiempos, guía fiel al peregrino que se dirigía á sus puertas; saludo reverente al sagrado emblema de nuestra redención, y entre mis dos generosos acompañantes, el cura y el alcalde, que por cederme el mulo se vuelven á pié como vinieron, regreso al pueblo, haciendo en él mi majestuosa entrada en grupo alegórico de la exaltación del Arte por el consorcio de las dos potestades, espiritual y temporal. —Adviértese quizá que la figura que inmodestamente se arroga la representación del Arte, se abandona á veces con poca dignidad á la imperiosa precisión de librarse de las punzadas de las pulgas, que entre los sagrados escombros del monasterio ha recogido juntamente con sus románticas impresiones: lo cual consiste en que aquellos arruinados claustros, no pudiendo ya albergar monjes, dan abrigo á los ganados.

La humana existencia es cadena de goces y sinsabores: al placer de haber trabado amistad con mi cura de Abárzuza, viene unida la pesadumbre de separarme de él; pero la vida es jornada, y ambos creemos y esperamos.

Somos peregrinantes,
y al separarnos tristes, bien sabemos
que aunque seguimos rutas muy distantes,
al fin de la jornada nos veremos.

Rueda mi tñlbury: mi zagalón fustiga al rocín, y en un santiamén nos encontramos en el empalme de la carretera con el ramal que conduce á

VILLANUEVA.—Me han dicho que debo visitar su iglesia de *San Esteban*, y á ella me dirijo; pero el rector de la parroquia se encuentra accidentalmente en la caseta del peón caminero que se alza sobre la misma encrucijada, y no sé porqué me sale

al encuentro brindándome con un breve descanso en la referida caseta, que no acepto porque tengo prisa de llegar á la parroquia con buena luz. En el breve coloquio que tuvimos tomé sumaria noticia de lo que por mí mismo podía examinar, y de algo bueno que desgraciadamente no esperaba ver si el buen rector no me acompañaba; mas comprendí que no debía insistir demasiado en que se viniese conmigo dejando el refrigerio de ceremonia en que se hallaba ocupado con el peón caminero: cuyo ajuar, entrevisto al través del cristal de la ventana, me dió á entender que su modesto dueño vivía como un señor en medio de aquella soledad.

Lo primero que á mi vista se ofreció en Villanueva fué la maciza torre de su iglesia, cuadrada y sin carácter como casi todas la de este valle de Yerri—la de Abárzuza, la de Arizala, la de Azcona, etc.—De aspecto prosáico y pesado es también su atrio greco-romano, sin más aliciente para el anticuario que una portada que cobija, de estilo ojival del XIII ó del XIV, bastante curiosa, de siete ú ocho archivoltas de arco apuntado, cuyas columnillas llevan capiteles exornados con elegantes hojas de cardo, y un astrágalo corrido que forma su basamento. En el ápice de la ojiva hace de grumo una *Crucifixión*, y entre las columnas del jambaje se ven estatuillas de buenas proporciones, ya muy gastadas, y de la altura próximamente de los capiteles. Este templo es de una sola nave, cubierta con bóveda de medio-cañón, apuntada, dividida en tramos por medio de cinco cinchos, todos apeados en pilastrones menos el del centro, ó sea el tercero, el cual se sostiene en ménsulas por caer sus arranques sobre el vértice del arco ojivo que á cada lado de la nave abre paso á una capilla.—El retablo del altar mayor es plateresco, con buenas tablas del siglo XVI que representan pasajes de la *vida del santo titular*. Algún trabajo me costó verlo, porque estaba cubierto con un ridículo pabellón de percal blanco y azul con estrellas de talco, para alguna fiesta que se había celebrado ó que iba á celebrarse. Habíame dicho el párroco que se conser-

vaba en esta iglesia de San Esteban una hermosa cruz procesional de plata con medallones de esmalte: noticia que despertó en mí el recuerdo de otra cruz semejante regalada por Carlos *el Malo* á la catedral de Pamplona, aunque aquella en lugar de los medallones tenía flores de lis de esmalte azul; y esto mismo aumentaba mi deseo de llegar á verla; pero la suerte fué conmigo inexorable, porque no pude echar la vista encima al sacristán, á quien busqué por todas partes, cuando esta familia suele por lo general andar tan de sobra al rededor de todo forastero.—Luego me dieron en Muez otros pormenores que me hicieron arrepentirme de no haber pedido al párroco con más ahínco que dejara en mi obsequio al peón caminero, aunque estuviera celebrando con él un bautizo ó una boda, ó una fiesta local.

De Villanueva á Muez no habría en línea recta más que un paseo, pero por la carretera es otro cantar. En el trayecto se me puso el sol, y al llegar al pié de la cuesta cuyo alto ocupa el pueblo, estaba anocheciendo.—Un benévolo compañero de fonda, de esos que solo se encuentran en Navarra, me había convidado en Estella con su casa de Muez: atribuí la invitación á mera cortesía; pero cuando al embocar mi auriga por la cuesta arriba en una estrechura comprometida para mi carricoche, vi á un caballero—que como tal se me revelaba por su porte—echar mano á la rienda del caballo para dirigirle, y le oí pronunciar mi nombre, y dárseme á conocer como el comensal de Estella, comprendí toda la sinceridad de su ofrecimiento, y toda la delicadeza del hombre que, sin aviso alguno de mi arribo á su lugar, me había esperado calculándolo él por el itinerario que me había visto formar, y se hallaba á la puerta de su casa cabalmente al tantear mi cochero la subida á un parador cualquiera donde tomar tierra.—Todo lo tenía preparado para alojarme, y conmigo á mi cochero y mi birlocho: D. Ignacio Ulbarri, alcalde de Muez, que no es otro mi hospedador, y su bella señora Doña Hilaria Eguilaz, que tiene como él la impagable habilidad, poco común, de agasajar al forastero con toda clase de comodidades

sin quitarle la libertad y sin abrumarle con afectados cumplimientos, al hacerme partícipe con su mesa y su techo del bienestar que una desahogada posición les proporciona, me reservaban con exquisito tacto una cama monumental, donde han dormido D. Carlos, el primer pretendiente de este nombre, su nieto el llamado Carlos VII, Zumalacárregui, y el general Quesada, padre del actual marqués de Miravalles. Á falta de otros monumentos, ya lo es de por sí aquella cama: especie de túmulo de historiada armazón de acero, de considerable elevación, cubierto con rozagante paño de damasco y galones de oro, que solo por las almohadas de rica holanda, guarnecidas de encaje, revela ser cama y no catafalco. No todos los días tropieza uno con objetos de mobiliario de tanto interés histórico, y el haberme puesto durante una noche en íntimo contacto con aquel, fué una distinción que de todas veras agradecí, y sigo agradeciendo, al digno matrimonio que me proporcionó tal sorpresa. La casa de Ulíbarri, la principal del pueblo después del palacio de Guendulain, pero la primera en rigor por hallarse el palacio derruido, gozó siempre durante nuestras guerras civiles el triste privilegio de ser el hospedaje obligado de los peligrosos caudillos de uno y otro partido; y alguna vez ocurrió que, por virtud de las frecuentes peripecias que trae consigo la inconstante fortuna, tuvo que escapar apresuradamente por la puerta falsa de aquella casa el que pocas horas antes había entrado triunfante en ella, y estuvo á punto de encontrar en aquella cama su tumba el que la había ocupado confiando hallar en sus blandos colchones el apetecido reposo. Esto me contó el dueño que le había pasado al general Quesada, sorprendido por Zumalacárregui.

Otro agasajo más debí á mis providentes hospedadores; y fué el conocimiento de un discreto é instruido sacerdote que vino á cenar con nosotros, y que, habiendo viajado por Italia, me dió ocasión de trabar con él un agradable coloquio artístico. Este respetable eclesiástico, es el párroco de Muez, D. Francisco:

alto, grueso, de genio abierto y carácter afable; natural en sus modales; en la expresión, fácil y disertó; en el juicio, cauto y reservado: con corte más de canónigo que de cura de lugar. Seguro estoy de que hará carrera, porque es joven y tiene medios. Giró en parte nuestra conversación sobre el objeto de mi viaje por Navarra, y le pregunté si tenía noticia de la antigua cruz procesional de la iglesia de Villanueva; y entonces supe que esta cruz es una bellísima pieza de orfebrería, que, según la opinión de Navarro Villoslada, pertenece al siglo xv.

La parroquia de Muez, dedicada á *Santa Eulalia*, parece ser restauración moderna de una iglesia gótica de los siglos xiv ó xv, cuya fisonomía, no del todo oscurecida, se revela en la puerta de entrada, por el arranque de la archivolta. Tiene su pórtico, de estilo greco-romano bastardo y vulgar; y un retablo del *renacimiento* con muy regulares cuadros, y bajo-relieves pintados, de escaso mérito.

Estamos en el valle de Guesálaz, y vamos hacia Salinas de Oro, subiendo un puerto desde donde se gozan admirables vistas. La carretera va por entre peñascos y domina una extensa llanura, donde es fama se dió la gran batalla de Valdejunquera, terrible desquite del califa Abde-r-rahmán III *An-násir* de la humillación que había sufrido el Islam en Viguera (1). El *analista* de Navarra se entrega á la fuga de su ardorosa fantasía al describir esta batalla, con sus preliminares, accidentes y consecuencias (2): descartemos nosotros todo lo que es invención, y aprovechemos lo verosímil de su relato. — Penetraron los árabes por las comarcas de Abárzuza y Azcona, y llegaron al valle, que por la copia de sal de seiscientas fuentes salinas que revientan en Oro y forman el río Salado, toma del nombre vascuence *gazala* el de Guesálaz: valle de corto espacio que cultivan diez y seis pueblos de escaso vecindario, pero abundante y *de particular*

(1) V. nuestra *Introducción*, p. XX.

(2) Lib. VIII, c. IV.

sazón de frutos y pastos por la humedad salada, que cuando es moderada, los mejora, y cuando excesiva, los quema y esteriliza. Tiéndese en este valle una llanura, no del todo igual sino quebrada á trechos con ribazos, que se dilata cosa de una legua desde Salinas al Este hasta el pueblo de Muez al ocaso, la cual tendrá de ancho otro tanto como de largo, con montañas por los lados de septentrión y oriente notablemente encumbradas y ásperas, por el mediodía no tan agrias, y por el occidente de muy suave entrada. Los musulimes asentaron sus reales en el pueblo de Muez, con tan inmenso campo (dice Sampiro) que no se podía contar por su muchedumbre. El arzobispo D. Rodrigo da al lugar donde acamparon el mismo nombre, y dice á este propósito el P. Moret que aunque Muez es pueblo pequeño, la grandeza del estrago le hizo memorable. La posición de los cristianos era la siguiente: D. García de Navarra, hijo del rey D. Sancho Garcés, tenía sus cuarteles en las montañas de Salinas, al abrigo del castillo de *Oro*, y de otros dos que á corta distancia había, llamado el uno *Gastaluzar* ó castillo viejo, y el otro que era la misma iglesia de *San Miguel* de Salinas, la cual aún conserva su antigua forma de fortificación. El de *Oro* se llamó así por un pueblo antiguo de este nombre, cuyas ruinas existían no lejos de Salinas en vida del P. Moret. Hallábase pues acampado D. García dando las espaldas á Pamplona, ocupando la sierra intermedia su ejército, por cuyos pasos podía recibir socorros sin que nadie se lo estorbase. D. Ordoño de León por su parte, viniendo por Burgos, la Bureba y Álava por los tránsitos que le tenía prevenidos el hijo del rey de Navarra, juntó con el de éste su numeroso ejército, en el cual figuraban muchos de los obispos de su reino, por ser guerra santa la que se había declarado, y su causa la exaltación y defensa de la Fe: y así se reunieron dentro de unos mismos reales por un lado leoneses, asturianos, castellanos, gallegos y burebanos, y por otro navarros, aragoneses, guipuzcoanos, vizcaínos y riojanos: todas las fuerzas en suma de la España cristiana, convocadas para quebrantar en una

gran batalla el poderío mahometano, y extinguirlo de una vez y por completo, si posible fuera.

Casi á la mitad de la llanura que hemos señalado, hay un campo que por la copia de juncos que produce llaman *Valdejunquera*, y éste se cree fuese el paraje donde principalmente se peleó. No se sabe quién presentó la batalla, si los árabes ó los cristianos; ignórase también si en algún momento pudo sonreír la victoria al navarro y al leonés, á pesar de la poca prudencia de presentar batalla campal á las huestes del invencible Califa que tenía aterrada toda la península con sus incesantes triunfos. Andan nuestras cosas tan brevemente escritas (dice el mismo analista, que sin embargo se recreó en fraguar pormenores y accidentes que no pudo leer en parte alguna), que ni de esta batalla, que fué de las más sangrientas y memorables de aquel siglo, ni de otras, se individualizan las causas de perderse ó ganarse, cuando era lo más necesario para la instrucción y enseñanza; y de ésta de Valdejunquera no se dice si se perdió por algún desordenado acometimiento, ó por secretas asechanzas de Abderahaman, ó por alguna repentina y no prevista embestida de los sarracenos por costado ó por retaguardia, sobrándoles á ellos gente para todo; ó finalmente, y es lo que parece más verosímil, por la inmensa muchedumbre de los musulimes, que pudieron con toda calma ir alargando el combate hasta cansar los más á los menos. Pero el resultado fué que los ejércitos cristianos sufrieron una gran derrota, quedando prisioneros en poder de los infieles los obispos Dulcidio de Salamanca y Ermoigio de Tuy. Conjetúrase que batida y desordenada la hueste de D. Ordoño, y peleando desde este momento con fuerzas muy desiguales las de D. García, porque la rota no fuese del todo sangrienta, con el menor desorden que pudieron, emprendieron los dos reyes la retirada, desamparando el campo uno y otro ejército, y haciendo de vez en cuando los cristianos cara á los sarracenos. Créese, pues, que el vencimiento de nuestros ejércitos combinados no fué fuga deshecha, no solo porque era natural que la cercanía

de las sierras donde tenían los reales los animase y los estimulase á ampararse de ellas, sino porque consta que aunque fueron muchos los que cayeron en la batalla, los prisioneros fueron pocos. El presbítero cordobés Raguel, que cuatro años después de la batalla, y como testigo de vista, escribía el martirio de aquel santo niño Pelayo, sobrino del desgraciado obispo de Tuy, Ermoigio, que con su heroica constancia, hallándose en los calabozos de Córdoba en rehenes por su tío, consoló á los cristianos de la derrota que les había causado Abde-r-rahmán desafiando las iras del tirano y triunfando de su brutal pasión, si bien no disimula que el ejército de la Fe fué ahuyentado, y que aquellos dos obispos quedaron prisioneros de los sarracenos, solo dice que cayeron con éstos en su poder *algunos otros fieles*. Los escritores árabes por su lado, no señalan en Valdejunquera y en el año 921 victoria alguna: Al-Makkari, que recopila en su historia todos los hechos gloriosos para el Islam narrados por los autores que le precedieron, no hace más que consignar que el invencible Abde-r-rahman III, azote infatigable del orgullo cristiano, corrió y asoló la tierra de Navarra en los años 920 y 924, y dice: «á principios de Mayo del año 380 de la hégira (A. D. 920) invadió á Galicia al frente de un considerable ejército y taló aquella región. El rey Ordoño II, hijo de Alfonso, auxiliado por el rey de los francos y por el rey de los vascos (esto es, por el rey de Pamplona) se adelantó á defender sus dominios; pero en vano, porque Abde-r-rahmán los derrotó á ambos, devastó sus territorios, les tomó sus plazas y les demolió muchas fortalezas.» — «Nuevamente en el año 312 (A. D. 924) al principiar Abril, invadió la tierra de Banbilúnah (Pamplona), llegó muy adentro en el teatro de la guerra, devastó la comarca, tomó y arrasó fortalezas, incendió pueblos y pasó á cuchillo á sus habitantes; y aunque el enemigo huyó á los montes y ocupó los pasos de los puertos con intención de caer sobre él en la retirada, nada pudo hacer por falta de medios (1).»

(1) AL-MAKKARI, trad. de Gayangos, lib. VI, c. V.

En el tiempo en que nuestro analista escribía fantaseando sobre la gran batalla, de la cual, según acabamos de ver, ni siquiera se sabe la fecha segura, aún duraban en el campo de Valdejunquera y sus contornos muchos rastros de aquel terrible encuentro. Levantaban allí con frecuencia los arados lengüecillas arpadas de saetas, hierros de lanzas, pedazos de espuelas, trozos de frenos, y algunos todavía dorados y con labores, y aun á veces con esmaltes de azul y oro. Maravillábase el P. Moret de que siendo estos objetos de tanto valor y tan propios para excitar la codicia, quedasen allí abandonados y sepultados en la tierra, y explicábalo suponiendo que, hacinados y revueltos los cadáveres de moros y cristianos, hombres y caballos, y no habiendo parado los musulmanes sino pocos días en aquella comarca, los naturales, temerosos de la infección, solo cuidarían de echar tierra sobre aquellos despojos, sin detenerse á escudriñar el estrago.

SALINAS DE ORO.— Está el pueblo en lo alto de una montaña, y en lo más empinado del pueblo hay un castillo que lleva el nombre de palacio del duque de Granada; robusta construcción cuadrangular flanqueada en todas sus fachadas de torreonnes que le dan una fisonomía enteramente feudal. Este gigante de la montaña presentaría en otros tiempos un aspecto verdaderamente terrible é imponente; pero hoy, medio arruinado é invadido por la hiedra, que cubre de arriba abajo sus altos muros con espléndidos cortinajes adheridos á sus sillares, el descalabrado coloso solo inspira interés y lástima. La gran plataforma en que está levantado presenta al exterior, por el lado del pueblo, fuertes estribos, y por el lado que mira al campo, enormes cubos cilíndricos. La entrada es un severo arco apuntado, que conduce á un gran patio ó plaza de armas, en cuyo fondo está la puerta de ingreso al castillo ó palacio. ¿Es este por ventura el que denomina el P. Moret *Castillo de Oro*, y que supone ocupado por las tropas del infante D. García de Navarra, antes de la batalla de Valdejunquera? No parece posible que el docto

analista atribuyera tan remota fecha á una construcción que probablemente no se remonta sino al siglo XIV. Por la misma razón, no puede ser éste tampoco aquel otro castillo que llama *gasteluzar* ó castillo viejo, asimismo ocupado por aquel caudillo. Pero si pudieron uno ú otro fuerte haber existido donde luego fué edificado el castillo ó palacio que ahora contemplamos. ¿Por cuántas vicisitudes no habrá pasado este? Morada señorial en la Edad-media, acaso se desdeñaría su dueño de habitarle en la época del Renacimiento, en que ya huían los magnates de los sombríos y severos torreones antiguos, y buscaban su solaz en las abiertas y alegres galerías de los palacios construídos según la moda italiana y francesa; en los siglos posteriores continuaría su abandono, y modernamente, para darle alguna aplicación, acaso habrá servido de abrigo á los rebaños de los ganaderos del valle. Durante la guerra civil de no sé qué período, fué destinado á matadero para las provisiones de las tropas; hoy, menos adverso ya su hado, sirve de escuela de instrucción primaria.

La iglesia de este pueblo, consagrada al arcángel *San Miguel*, no es la primitiva: la que hoy vemos es una construcción de vulgar estilo greco-romano moderno, acaso del siglo pasado, con una torre cuadrada é insignificante, como casi todas las de este valle de Guesálaz. Pero debió precederle otro templo, quizá del siglo XIV ó del XV, porque en el lienzo de poniente del brazo norte de su pequeño crucero conserva una hornacina sepulcral de arco apuntado, con crestería trebolada en su embocadura; y en el testero de este mismo brazo tiene un altar con un retablito plateresco de pintura española del XVI, que no deja de ofrecer interés. Son ocho las tablas que contiene, y la más alta, que sirve de coronamiento, representa *la Crucifixión*. No puede decirse que estas pinturas son buenas, ni por su dibujo ni por sus composiciones, pero presentan cierto carácter religioso y cierta grandiosidad que cautiva, y los accesorios y fondos de oro que las realzan, les dan fisonomía medio-eval muy adecuada á su destino. — El retablo del altar mayor es greco-romano con al-

gunas reminiscencias del estilo plateresco: ocupan sus tableros bajo-relieves pintados, y hornacinas con las estatuillas de *San Roque*, *San Sebastián*, *San Juan Bautista* y *otro santo* que no recuerdo; en lo alto *la Crucifixión*, y en el centro del retablo *San Miguel* triunfante del dragón infernal. — Dice el P. Moret que donde está esta iglesia hubo otro castillo, del cual retiene la fortificación y la forma. Yo no he advertido estos caracteres, pero doy el aviso por si álguien con mayor detenimiento quiere comprobarlo.

Bajando del pueblo á la carretera por el lado opuesto á la subida, se encuentra una fuente, y á pocos pasos una esbelta columnilla, sobre cuyo capitel se alza un pedestalito ochavado, con relieves, que lleva encima una cruz de piedra blanca, bárbaramente mutilada, con Jesús crucificado en el anverso, y en el reverso una Nuestra Señora con el niño en brazos: obra quizá del siglo XV ó XVI. De estas cruces hemos visto muchas en Navarra.